

angustia. Ana contempló pensativa el tren que se alejaba en la limpidez azulina de la mañana y sintió un terrible y secreto sinsabor, que no olvidó nunca. Los Valena persistieron en su tristeza durante los días que signieron. Mas, al rodar del tiempo, las cosas volvieron á su reposo habitual.

María Fara sintió el vacío de Angela, sintió que los tiempos cambiaban; presintió el éxodo de toda la familia en días no lejanos y como á través de una ráfaga de viento otoñal, percibió la melancolía de la vejez y el triste término de todas las cosas.

LAS PASIONES

EN los dos últimos años de estudio, Cesáreo se *refinó*. Alardeaba de vicioso, acrecentando las deudas y adoptando aires de Mefistófeles.

¿Qué proyectos tenía? Nadie llegó á saberlos, pues que nunca los declaraba.

Pablo sufría; pagaba resignado las deudas y hasta disculpaba los sacrificios que hacía por Cesáreo cuando surgía alguna protesta en el seno de la familia.

—Será al menos un hombre—dijo un día á Sebastián—mientras que tú serás siempre una bestia.

Sebastián se puso lívido, pero calló. Por primera vez en su vida avergonzóse de su situación. Sin embargo, interiormente se decía: ciertas bestias valen más que ciertos hombres.

Por un instante pensó darse á una vida accidentada para hacer comprender al padre lo útil que era. Pero, enseguida desistió. Después de todo ¿no era él, Pablo Va-

lena, el dueño de todo? Y si estimaba gastar más dinero con un hijo que con otro ¿qué derecho tenía para lamentarse?

No obstante Sebastián quejóse con su madre, qué trató de calmarlo.

—Este año se acabará todo, hijo mío. Ya verás como Cesáreo cuando vuelva, se hará juicioso. Y será útil; ya sabes que un abogado en casa...

Sebastián resignóse humilde.

En realidad Pablo Valena no daba la razón á Cesáreo, y antes por el contrario dudaba del porvenir del muchacho.

Todo se olvidó al licenciarse Cesáreo. Nadie sabía lo que costaron los estudios, pero un día dijo Pablo Valena que si se pesaran, Cesáreo no alcanzaría el peso del dinero, en oro, que costara su carrera.

A los quince ó diez y seis meses de la boda de Angela regresó Cesáreo. Continuaba enfermizo, con una palidez cadavérica que hacía resaltar el color oscuro de su traje y del sombrero. Parecióle á María Fara el abogado más respetable del mundo.

En honor de la licenciatura de Cesáreo se renovaron las fiestas á tenor de las que se celebraron en la boda de Angela.

Trajeron muchos regalos, sobre todo grano; los labriegos y los pastores al servicio de los Valena ofrendaron sus tributos.

Cesáreo, ante el homenaje de la gente rica y de los pobres, permaneció indiferente. No le importaba, al parecer, el afecto de nadie ó estimaba que todo era fingido viendo en el fondo una gran envidia.

Con los padres mostróse extremadamen-

te afable, de un modo desacostumbrado; y á su madre, en particular, contóle muchas cosas, mostrándose arrepentido de lo pasado.

En el carnaval último había estado en Florencia y durante su estancia de dos semanas había hecho vida de gran señor. En el hotel hizo pasar por marqués, firmando con ese título en el libro de viajeros. Y resultaba una ironía que hubiese tomado para el marquesado el nombre de la más miserable aldea sarda.

Antes de partir, tiró la camisa de seda apenas usada, los guantes nuevos, cómo un gran señor que no sabe qué hacer con la ropa usada unas semanas. Ahora se arrepentía de ello. Y contó otras muchas historias de igual índole para disculpar los extravíos realizados. Guardábase de hacer estos relatos en presencia de su padre ó de Sebastián, quienes nunca habían usado camisas de seda.

Después Cesáreo habló de Angela y de su marido. Los había visitado antes de regresar á Cerdeña. Estaban muy bien, siempre en la misma ciudad.

Repitió cuanto María Fara ya conocía por las cartas de Angela. Al principio la joven desposada sentíase extraña, acosada de nostalgia, mas, poco á poco, se fué acostumbrando al aire, á la vida, al ambiente social de la ciudad.

Angela hacía una vida señorial. Tenía salón, día para recibir; iba al teatro, á los conciertos, á las veladas. Sólo sentíase amargada por el desconsuelo de no tener

hijos. Angela contaba con ir muy pronto á Cerdeña, cuando se celebraran las nuevas elecciones de Diputados, acompañando á su marido.

Reinaba una gran satisfacción en la casa de los Valena. Sólo cuando Cesáreo se atrevió á expresar sus deseos de volver al Continente para practicar al lado de un célebre abogado, una nube enturbió la paz doméstica.

Todos opusieron abiertamente. María hubiese deseado contentarlo, pero no se atrevió á intervenir. Pablo se expresó con dureza. No; la familia no podía hacer más sacrificios. Bien podía Cesáreo practicar en Orolá. ¿O no eran cristianos los abogados sardos? ¿Cuándo se había dicho tamaña insensatez?

No; era un pretexto que buscaba Cesáreo para continuar su vida extraña, de libertino, que le enfermaba, arruinando de paso á la familia.

—¡Habla claro! exclamó Pablo. ¿Qué vas á hacer? ¿Quieres ser abogado ó buscar un empleo?

—¡Quiero ser abogado! respondió airadamente Cesáreo.

—Muy bien. Quédate ahora aquí, y si después quieres marcharte, hazlo por tu cuenta. Nosotros ya no podemos ayudarte...

Pablo se enterneció y á punto estuvo de llorar.

Desde hacía algún tiempo los negocios marchaban mal; rendían poco las tierras á pesar del esfuerzo de Sebastián y parecía que con la decrepitud del jefe de familia

venía también el desmoronamiento de la hacienda.

Cesáreo comprendió y no insistió. Quedóse, comenzando á practicar con un abogado de Orolá. Mas, desde entonces, desaparecieron sus expansiones en el seno de la familia. Renacieron en él la altivez y el ensimismamiento. No pudiendo serlo en otros sitios, procuraba hacer el gran señor en casa; nada le contentaba, ni siquiera el modo de arreglarle Ana y Lucía el lecho. ¡Hubiera querido reposar, de seguro, sobre un lecho de rosas! Para él se preparaban los manjares más sabrosos y los vinos más exquisitos. Había que lavar y planchar de una manera especialísima su ropa blanca.

En el fondo todos lo querían mucho y se acordaban de que, tras cinco ó seis años de vida fastuosa y alegre, ahora se encontraba como en destierro.

Además estaba enfermo, y todos singularmente María Fara, procuraban rodearlo de mimos y cuidados, movidos á piedad.

*
*
*

Ana contaba ya diez y ocho años y á Catalina le faltaban unos meses para cumplir los diez y seis. Catalina todavía jugaba, cantaba y sobre todo reía alocada. Era mucho más alta y hermosa que Ana y tenía ya una corte de adoradores. Todos los alumnos del Instituto, especialmente los compañeros de Antonino, estaban enamorados de Catalina. También algún profesor, algún colega de Cesáreo y algún amigo de

Sebastián sentían simpatías por la muchacha. Todos conocían á Catalina Valena. Lucía ya no era tan festejada. Tuvo muchos adoradores y ahora, á los veinte y dos años, no tenía la certidumbre de casarse. Comprendía que era linda y era ambiciosa. El matrimonio de Angela parecióle mediocre y ella aspiraba á más. Quería un título. Y á falta de éste, contentábase con un hombre de carrera que fuese rico. Á pesar de su positivismo, Lucía conservaba un idealismo poético y soñaba que el novio fuese también joven, bello y espiritual.

Es imposible hallar todas estas condiciones reunidas en una persona, sobre todo en una ciudad pequeña.

Había tenido serios pretendientes pero ninguno había sido de su agrado. Quiso á alguno—porque es imposible que transcurran los más poéticos años de la juventud sin amar—pero sin apasionamiento.

Muchos conocían la ambición de Lucía Valena, absteniéndose de cortejarla seriamente, aun admirando su hermosura.

Lucía, al verse próxima á los veinte y tres años, experimentaba una enorme pesadumbre.

Parecíale envejecer y arrepentíase de sus exageradas pretensiones. Consolábase recordando que otras muchachas se habían casado á los treinta años y recontaba las señoritas de Orolá más viejas que ella. ¿Qué importaba? ¿No vivía bien en su casa? ¿No podía esperar aún? El pretendiente soñado podía presentarse un día cualquiera. ¡En tanto era tan dulce soñar en aquel ca-

liente nido doméstico, donde podía vivir sin preocupaciones, donde todos la amaban compadecidos de sus bellos años perdidos sin un amor, siempre en espera de un gran partido que tanto hubiese honrado á la familia Valena!

Bien podía decirlo en alta voz María Fara; sus hijas no eran caprichosas y las novelas, frecuentes entre las familias ricas, enamorándose las muchachas de jóvenes pobres, no se desarrollaban en su casa. Confiaba casar bien todas las hijas. También tenía proyectos ambiciosos respecto á los hijos. Para Sebastián pensaba en una moza rica de gente del pueblo acomodada. Llamábase María Marray, hija única, codiciada por muchos jóvenes, por las tierras y ganados que poseía su padre.

La madre habló á Sebastián del caso, pero éste evadió la conversación.

—No; no pienso en ello por ahora.

Y cayó, durante unos días, en una profunda tristeza. Deseaba confesar á su madre sus preferencias por Ana. En tales momentos ¿no resultaba su revelación inoportuna? Comprendía las ambiciones de su madre. Ana era pobre, muy pobre, comparada con María Marray.

Por dejar que transcurriera menos dolorosamente el tiempo, se entregó al trabajo con más ahinco que antes. Pasaba las noches en el campo y de día, á caballo, vigilaba el laboreo de los trabajadores al servicio de la hacienda.

Pablo Valena quería asociarlo á sus negocios; pero no aceptó Sebastián.

—No;—dijo—soy agricultor y lo seré toda la vida.

En vez de despoblar los bosques, hubiese querido multiplicarlos. Y á los carboneros, los leñadores, los madereros hubiese querido verlos labrar la tierra, cultivando los campos incultos, roturando los predios invadidos por las malezas.

Cuando Sebastián hablaba de estas cosas lo miraban con sonrisa irónica. Cesáreo lo burlaba francamente. Sin embargo, había un hecho contrastado: Sebastián era sano, robusto, mientras Cesáreo tosía enfermizo.

Nadie más feliz que Sebastián de tener la certidumbre de casarse con la prima.

Mas, ahora, dudaba. Jenaro Rosa, ya licenciado, frecuentaba el mismo bufete donde hacía las prácticas Cesáreo. La amistad de ambos continuaba inalterable.

No se presentaba en la abogacía muy brillante porvenir á Jenaro, pero no importaba. Era rico, uno de los más ricos de Orolá. Conforme vivía el padre, hombre severo, Jenaro disfrutaba poco de su riqueza, sujeto á la rígida disciplina paterna. Practicaba la carrera á desgana, seguro de abandonarla un día. Sin embargo, era uno de los mejores partidos de Orolá, uno de aquellos partidos soñados por Lucía.

Esta nunca paró mientes en Jenaro, á pesar de frecuentar éste la casa de Valena y tratar familiarmente á las chicas. A Lucía y á Sebastián les era muy antipático. ¿Por qué? No podrían justificarlo.

Sebastián, especialmente, sentía un rencor secreto junto al rival. Al darse cuenta

de que Jenaro les agradaba á Catalina y á Ana, se le hacía más antipático.

Él, tan indulgente siempre con todos, no perdonaba un defecto, una palabra mal dicha del joven letrado.

Jenaro desde hacía algún tiempo, procuraba intimar con Sebastián. Este lo rechazaba. Con ojos pensativos y escudriñadores Ana seguía el curso de las relaciones entre ambos jóvenes.

Sebastián llevaba los amigos á la bodega, donde charlaban en la mayor intimidad. A la escucha, Ana enterábase de sus conversaciones. Así convenciósese del rencor cierto de Sebastián á Jenaro, y se turbó, pensando que el primo estaba sobre aviso respecto á sus simpatías por el joven abogado y que de ahí arrancaba su odio por Rosa.

Una noche, á la hora de la cena, Cesáreo bromeó, con burla sarcástica, á costa del amigo, contando una cacería de éste en los montes en compañía de unos ingleses que á cazar habían llegado á Cerdeña.

Sebastián al instante aprovechó la ocasión para ridiculizar á su rival. En vano Cesáreo intentó desvirtuar el relato, satirizando á los cazadores ingleses y á propósito de ellos contando regocijadas historias.

—Muchas veces—dijo—compran á precios exorbitantes pieles de ciervos y otros animales y regresan con ellas á guisa de trofeos de caza.

Catalina hizo la defensa de los ingleses: pero Sebastián insistió en sus burlas. Jenaro Rosa para él era más ridículo que los in-

gleses. También habló de Juan Rosa, el padre de Jenaro. Ana sufría. Parecíale que Sebastián hablaba tan despectivamente nada más que por atormentarla.

Al cabo de un momenta marchóse, entrando en su alcoba, donde rompió á llorar á solas.

¡Cómo sufría! Sebastián había descubierto su secreto y se complacía en atormentarla de aquel modo. ¿Por qué? Si Jenaro la quería y la desposaba ¿no sería una gran fortuna para toda la familia?

Pero, Jenaro no la amaba. Un poco de tiempo continuó cortejándola delicadamente. Ana se había ilusionado, apasionándose su joven corazón, con los sueños más hermosos del primer amor. Ahora todo desvanecía tristemente. El abogado parecía olvidarse del estudiante y Ana abría los ojos espantados, perdida en el inmenso vacío de su desengaño lastimoso.

Jenaro ya casi no la hablaba; no la miraba nunca, como si no se acordase de ella.

Una dolorosa humillación pesaba ahora sobre su pobre espíritu. Nada había cambiado, sin embargo, en ella. Conservábanse maravillosos sus cabellos, y sus lindas manos blancas, temblando ligeramente, confeccionaban siempre, como en sueño, los bordados Richelieu, en la tristeza de un recuerdo lejano. Apenas contaba Ana los diez y nueve años; conservaba la trenza suelta, y no obstante en sus ojos vagaba la sombra de los sueños muertos, de los dolores misteriosos y de una inmensa y amarga desilusión.

Jenaro no la quería. ¿Por qué ella, entonces, lo amaba siempre, sin esperanza y con ahinco?

Nada le reprochaba. En verdad, él nunca le había dicho una palabra de amor, y por tanto no le guardaba rencores. Ella comprendía que algo de despreciable y vil había en el joven, pero sufría amargamente cuando Sebastián hacía resaltar las malas cualidades de Jenaro. Sufría igualmente cuando Catalina hacía la defensa, calurosamente, de Jenaro.

Reflexionando, Ana empalidecía adolorida. Dios no lo permitiría. ¿Qué habrá hecho ella para merecer tal castigo? Acusábase de graves pecados, repitiendo, pálida de angustia:—Sí; me merezco esto porque he pecado; pero ¿no me concederá Dios su misericordia?

Su mismo amor parecíale que era pecado, aun siendo tan puro y triste.

—Llevo en mí el castigo—decíase.—El alma humana peca, más en la culpa misma está el castigo.

Creía haber sufrido ya mucho. En la iglesia nadie rezaba más devotamente que ella. En el momento de la Elevación, cuando el órgano gemía una sola nota, un suspiro, un sollozo, Ana escondía el rostro entre las manos, absorta con la idea de la eternidad como si estuviese muerta y enterrada. Creía, no obstante, que era la hora propicia para implorar gracia. Sí; Dios estaba allí, en el perfume del incienso, en las notas sollozantes del órgano derramadas, en la claridad radiante de las luces. Ana lo

sentía y el grito de su alma angustiada acompañaba la voz del órgano, en súplica á Dios misericordioso. «¡Dios mío, dame la paz del corazón! ¡Señor, ayúdame!»

A veces, resignada, exclamaba:

—¡Dios mío, cúmplase tu santa voluntad!

Y las lágrimas le empañaban los ojos.

Casi siempre sentía dentro de sí una gran fuerza, un ansia infinita de sacrificio; y experimentaba un sincero amor por todo y por todos, y en un arranque de ardiente fe exclamaba:

—Que sufra yo, Señor, pero que los demás sean dichosos todos, todos. Haz que yo sepa perdonar, que sufra y que vengan á mí los dolores de los otros.

Y acariciaba á Catalina y risueña agradaba á todos.

Entraba en el despacho de Pablo Valena preguntando:

—¿Se le ofrece algo, tío?

—Nada, Anita.

—Déme á copiar cualquier cosa.

Muchas veces Pablo le hacía copiar sus áridas cartas comerciales, confiado en la ortografía y en el sigilo de la graciosa secretaria.

Dos ó tres veces se había encontrado solo Sebastián con Ana en el despacho. También él ayudaba á su padre.

Parecía que ninguna pasión, ningún pensamiento, ocupaban en aquel momento á los dos primos. Sin embargo, muchas cosas tristes pasaban interiormente.

Ana temblaba bajo la mirada de Sebastián. Estaba segura de que él conocía su

amor, considerándolo culpable. No se atrevía á mirar al primo, sentía un temor extraño y estremecíase cada vez que Sebastián la hablaba. Éste, á su vez, inquietábase al hallarse solo con ella, intentaba hablarla, pero no podía, no podía...

Equivocaba las cuentas, las facturas, cuanto tenía que escribir. Tratábase de estúpido y decidíase... para otra ocasión.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, N.M.L.